

La engañada

Thomas Mann



Se trata de una novela corta contada desde la perspectiva de Rosalie, una viuda cincuentona, amante absoluta de los prodigios de la Naturaleza, madre de la fría e intelectual Anna y de un chico más joven que apenas participa de la trama. Rosalie ha tenido una existencia tranquila y sin sobresaltos, hasta que, justo después de entrar en el climate-rio, su espíritu se revuelve de amor por un norteamericano veinteaño.

Toda la novela relata los vaivenes de esta situación emocional, se destacan los largos contrapuntos con la hija, que expresa otra forma de concebir a la sociedad y el amor.

I

Alrededor del año 1925 la señora Rosalie von Tümmler, viuda desde diez años atrás, vivía con su hija Anna y su hijo Eduard en Düsseldorf del Rin en condiciones, si bien no suntuosas, desahogadas. Su marido, el teniente coronel von Tümmler, había muerto a comienzos de la guerra, no en el combate sino en un accidente automovilístico y de modo por completo insensato, aunque bien podía afirmarse que había perdido la vida en el campo del honor; fue ese un duro golpe que la señora von Tümmler, de cuarenta años en aquel momento, sobrellevó con patriótica resignación; así había perdido, no sólo al padre de sus hijos, sino también a un amable marido, cuyos frecuentes desvíos de las normas de la fidelidad conyugal sólo constituían manifestaciones de una vitalidad exuberante.

Natural de las provincias renanas por su sangre y su dialecto, Rosalie había pasado los veinte años de su matrimonio en la activa ciudad industrial de Duisburg, donde von Tümmler tenía su destino militar; pero después de la pérdida del marido se había instalado en Düsseldorf, con su hija de dieciocho años y el hijo, doce años menor que la muchacha, en parte a causa de los hermosos parques que posee esa ciudad (porque la señora von Tümmler era una apasionada admiradora de la naturaleza), y en parte porque Anna, una muchacha seria, sentía gran inclinación por la pintura y deseaba frecuentar la célebre Academia de Arte. Hacía diez años que la pequeña familia vivía en una calle de villas bordeada de tilos, llamada con el nombre de Peter

von Cornelius, donde ocupaba una casita modesta, rodeada por un jardín y adornada con los muebles cómodos, aunque algo pasados de moda, de la época del casamiento de Rosalie; la casa se hallaba hospitalariamente abierta para un pequeño círculo de parientes y amigos, entre ellos profesores de la Academia de Pintura y también de la de Medicina, y una o dos familias de las esferas industriales. Las veladas que allí tenían lugar, si bien siempre dentro de los límites de las diversiones decorosas, dejaban traslucir cierta inclinación al vino, muy propia de las costumbres del país.

La señora von Tümmmler era sociable por naturaleza. Dentro de sus modestas posibilidades la gustaba recibir en su casa. La sencillez y alegría de su temperamento, su cordialidad, de la cual era una expresión el amor a la naturaleza, le conquistaban las simpatías generales. Sin ser alta, poseía una figura esbelta y bien conservada, cabellos abundantes y ondulados, aunque ya francamente grises, y unas manos finas, si bien envejecidas y descoloridas por el paso de los años, que mostraban ya numerosas y extendidas manchitas, cual las pecas que aparecen en la piel en verano (fenómeno contra cuya aparición no se ha encontrado aún ningún remedio); producía una impresión juvenil, gracias a sus ojos pardos, brillantes y vivaces, precisamente del color de la corteza de las castañas, que resplandecían en un rostro femenino y encantador, de rasgos extremadamente agradables. La nariz poseía una ligera tendencia a enrojarse, precisamente cuando la señora estaba en sociedad y excitada, defecto que trataba ella de corregir aplicándose un poco de polvos, aunque por lo demás era esta una medida completamente innecesaria puesto que, según la opinión general, el enrojecimiento de la nariz le sentaba maravillosamente.

Nacida en primavera, criatura de mayo, Rosalie había festejado el día en que cumplía sus cincuenta años con sus

hijos y diez o doce amigos de la casa, damas y caballeros, sentada a la mesa cubierta de flores del jardín de una hostería iluminada con farolillos de colores y situada en las afueras de la ciudad. Entre el chocar de las copas y los brindis, ya graves ya jocosos, se había manifestado alegre en medio de la alegría general... aunque no sin realizar algún esfuerzo; pues desde hacía bastante tiempo, y precisamente en aquella noche, su salud se veía afectada por cierto fenómeno de crisis orgánica, propio de su edad: la extinción de su condición física de mujer, fenómeno a cuyos progresos respondía ella repetidamente con resistencias psicológicas. Esa crisis orgánica le determinaba estados de ansiedad e inquietud, dolores de cabeza, días de melancolía y una irritabilidad que, aun en aquella noche de festejos, había hecho que algunos de los discursos llenos de humorismo que los caballeros pronunciaron en su honor le parecieran insoportablemente tontos. Había cambiado miradas cargadas de leve desesperación con su hija, quien, como la señora sabía, no tenía necesidad de ninguna disposición especial, aparte de su habitual intolerancia, para encontrar estúpido aquel humorismo inspirado en el ponche.

Era muy aficionada a la hija, a quien la unía una intimidad de confidente y que, llevando tantos años a su hermano, había llegado a ser una verdadera amiga de la madre, que no le ocultaba nada, ni siquiera los malestares de su estado de transición. Anna, que tenía veintinueve años (pronto cumpliría los treinta), se había quedado soltera, circunstancia que Rosalie, por simple egoísmo, ya que prefería mantener a su hija junto a sí, como compañera de su vida doméstica, miraba no sin agrado. De estatura más elevada que la de su madre, la señorita von Tümmler poseía los mismos ojos pardos que aquélla... aunque no precisamente los mismos, puesto que a los de la joven les faltaba la ingenua vivacidad de los maternos; su mirada era más bien fría y reflexiva. Anna nació con un pie contrahecho

que, habiéndole sido operado en su infancia sin grandes resultados, la había excluido de la posibilidad de practicar el baile y los deportes; en fin, de participar en la vida de los jóvenes. Una inteligencia excepcional, don natural fortalecido por la desgracia física, hubo de compensarla de todo aquello a que había tenido que renunciar. Sólo con dos o tres horas de enseñanza privada por día había pasado con facilidad los cursos correspondientes al Gymnasium y aprobado los exámenes finales de competencia; pero luego, lejos de proseguir cursos científicos, se había inclinado por las artes plásticas, primero por la escultura y luego por la pintura, en la cual, aun siendo una joven alumna, había manifestado un extremo intelectualismo que, desdeñando la mera imitación de la naturaleza transfiguraba la impresión sensible de ésta en una severa visión cerebral, simbólicamente abstracta y, a menudo, en un cubismo matemático. La señora von Tümmmler consideraba con cierto atribulado respeto las telas de su hija, en las cuales aparecían unidas las manifestaciones de las tendencias más evolucionadas con las de los primitivos, lo decorativo con lo profundamente intelectual, un sentido muy fino de las combinaciones de los colores con un severo ascetismo de las líneas.

—Es significativo, muy significativo, hija mía —decía la señora von Tümmmler—. El profesor Zumsteg sabrá apreciarlo. El te ha alentado en este modo de pintar; tiene ojos y comprensión para estas cosas; porque verdaderamente se necesita tener ojos y comprensión para apreciar esto. ¿Qué nombre has dado a este cuadro?

—Árboles en una noche de viento.

—Eso da un indicio de lo que has querido representar. ¿Son estos conos y círculos, pintados sobre el fondo verde y amarillo, los árboles? ¿Y estas líneas tan singulares, que se desarrollan en forma de espiral, representan el viento de la noche? Es muy interesante, Anna, muy interesante. Pero, por Dios, hija, ¿qué has hecho de la bella naturaleza? ¡Si,

por lo menos una vez, quisieras ofrecemos con tu arte algo que hable al corazón, algo que represente la callada vida de las flores, un ramo de frescas lilas pintado con tanta fidelidad que crea uno estar percibiendo su encantador aroma, y que el vaso que contenga ese ramillete sea una porcelana de Meissen, en la que se vean dos figuras, un caballero que besa la mano de una dama, y que en la mesa todo sea brillante y primoroso...!

—Basta, basta, mamá. Tienes una imaginación extravagante. ¡Pero si ya no se puede pintar así!

—¡Anna, no querrás decirme que, con tu talento, no puedes pintar algo semejante, algo que se dirija al corazón!

—Me interpretas mal, mamá. No se trata de que yo pueda o no hacerlo. Ya no se puede. La época y el estado actual del arte no admiten tales cosas.

—¡Tanto peor y más triste para la época y el arte! No, perdóname, hija, no quise decir eso. Si la vida y el progreso hacen imposible lo que yo digo, no hay nada que lamentar; por el contrario, sería triste quedarse rezagado. Lo comprendo perfectamente. Y también comprendo que es menester tener talento para imaginar y trazar líneas tan significativas como las de tus cuadros. A mí no me dicen nada, pero comprendo claramente que son muy expresivas.

Anna se lanzó a besar a su madre, mientras mantenía apartados de ésta los pinceles mojados y la paleta. Y Rosalie también la besó, sintiéndose feliz de que su hija encontrara en el trabajo de su pintura, por más que a ella le pareciera sin vida, aunque de todos modos actividad práctica, consuelo y compensación por todo aquello a lo que había tenido que renunciar.

Anna von Tümmeler había experimentado muy temprano hasta qué punto su cojear impedía que se desarrollara en el sexo opuesto, con respecto a ella, todo tipo de apreciación sensual, y se había armado contra ese hecho con un orgullo tal que, como suele acontecer, aun en los casos en que al-

gún joven, a pesar de la deformidad de la muchacha, comenzaba a sentir verdadera inclinación por ella, ese sentimiento quedaba sofocado en su origen por obra de su fría incredulidad. Sin embargo, una vez, precisamente después del cambio de residencia, Anna había amado y se había avergonzado profundamente de su pasión, pues el objeto de ésta era la belleza física de un hombre joven, un químico ilustrado que, proponiéndose hacer dinero lo más rápidamente posible por el camino de la ciencia, había pasado de prisa su examen de doctorado y poco después lograba ocupar una posición prominente y lucrativa en la fábrica de productos químicos de Düsseldorf. Era moreno, y su belleza viril, junto con una naturaleza franca, que le conquistaba aun la simpatía de los hombres, y la eficacia y aplicación de que había dado pruebas, lo convirtieron en el objeto del entusiasmo de todas las muchachas y señoras de la sociedad de la ciudad; tanto las jovencitas como las maduras se sintieron arrebatadas por él. Y la dolorosa vergüenza de Anna estribaba en haber sucumbido donde todas las demás sucumbían, en verse condenada por sus sentidos a un sentimiento que en todas alentaba y contra cuya profundidad luchaba en vano, tratando de mantener incólume su dignidad femenina.

Por lo demás, el doctor Brünner (que así se llamaba aquel joven), precisamente porque se sabía práctico y ambicioso, manifestaba cierta afición por las cosas elevadas y procuraba con frecuencia charlar con la señorita von Tümmeler. Cuando se encontraban en sociedad hablaba con ella de literatura y arte y, convirtiendo su voz insinuante en un susurro, le hacía divertidas observaciones sobre esta o aquella de las admiradoras que se lo disputaban y parecía querer sellar con Anna una especie de pacto contra las cargosas y livianas mujeres a las que ninguna deformidad había afinado la inteligencia. Por su parte, él no parecía tener la menor idea de lo que le ocurría a Anna ni de la dolorosa

dicha que le procuraban sus burlonas observaciones sobre las otras mujeres, sino que tan sólo parecía buscar y encontrar en su inteligente amiga protección contra las persecuciones amorosas de que era víctima y una estima que, por la visto, le era valiosa. Para Anna la tentación de concedérsela había sido grande y profunda, aun sabiendo que lo único que la movía a ello era el deseo de disimular su debilidad por el encanto masculino de Brünner. Con dulce espanto comprobó que la asiduidad del joven iba tomando visos de verdadero galanteo y de una propuesta en regla. Y Anna no pudo dejar de confesarse que irremisiblemente se habría casado si él hubiera pronunciado al respecto una palabra decisiva. Pero Brünner no pronunció nunca aquella palabra. Su gusto por las cosas elevadas no bastó para hacerle pasar por alto el defecto corporal de la joven ni tampoco su modesta dote. Pronto se había alejado de ella y casado con la acaudalada hija de un fabricante de la ciudad de Bochum, en cuyo establecimiento químico Brünner ocupó una importante posición, para desdicha y pena del mundo femenino de Düsseldorf y alivio de Anna.

Rosalie estaba enterada de esa dolorosa experiencia de su hija y lo mismo se habría enterado aun cuando Anna no se hubiera arrojado un día, en un acceso de incontenible emoción, al pecho de su madre y no hubiera vertido amargas lágrimas a causa de lo que llamaba su vergüenza. La señora von Tümmeler, si bien no muy aguda en otras cuestiones, poseía un excepcional don, por entero exento de malicia, para comprender, por simpatía y compenetración, todo lo concerniente a las mujeres, tanto lo psíquico como lo fisiológico, todo aquello con que la naturaleza agobia a la mujer; de esta suerte, difícilmente se le escapaba alguna circunstancia o acontecimiento de ese tipo que tuviera lugar dentro del círculo de sus amistades. Por una sonrisa íntima, presuntamente inadvertida, por el rubor de un rostro o el brillo de unos ojos, Rosalie sabía que tal muchacha es-

taba enamorada de tal joven y confiaba sus descubrimientos a su hija, que no sabía nada de ello ni tenía deseo alguno de enterarse. Instintivamente, ora con placer, ora con pena, sabía muy bien cuándo una mujer se hallaba satisfecha con su marido y cuándo no. Reconocía con infalible seguridad un estado de embarazo desde su fase inicial y, como en tales casos se trataba de un orgulloso triunfo de la naturaleza, se expresaba espontáneamente en su dialecto y decía: *Da is wat am kommen* (Algo está en camino). Se alegraba cuando veía a Anna ayudar a hacer las tareas escolares al hermano menor, que cursaba entonces las últimas clases del Gymnasium, porque, en virtud de una sagacidad psicológica tan ingenua como certera, adivinaba la satisfacción que consciente o inconscientemente procuraba a la muchacha coja ese pequeño servicio que revelaba su superioridad con respecto al sexo masculino.

No puede decirse que Rosalie se interesara particularmente por su hijo, un muchacho alto y pelirrojo, muy parecido al difunto padre, y por lo visto poco dotado para cultivar las disciplinas clásicas, pues soñaba con la construcción de puentes y caminos y, según decía, aspiraba a ser ingeniero. Cuanto la madre le manifestaba era una fría amabilidad, sólo superficial y expresada sobre todo por conservar las formas. En cambio, la única verdadera amiga de Rosalie era la hija, de quien pendía su pensamiento. En virtud de la reserva de Anna, bien habría podido calificarse de unilateral la relación de confianza que existía entre ambas mujeres si la señora no hubiera conocido todos los detalles de la vida emocional de su reprimida hija, la orgullosa y amarga resignación de su alma. De tal conocimiento, la madre había derivado el derecho y el deber de manifestarse ella misma, ante la muchacha, sin ninguna reserva.

Por eso aceptaba con imperturbable buen humor las sonrisas, a veces tiernamente indulgentes o tristemente irónicas, y aun en ocasiones levemente penosas, de su hija y

confidente; y se sentía benévolamente gozosa cuando Anna la trataba con simpatía, y dispuesta a reírse de su propia sencillez de corazón, persuadida de que ello era justo y placentero; y como se reía de sí misma, lo hacía también de la expresión sardónica del rostro de Anna. Así sucedía, con frecuencia, especialmente cuando Rosalie daba rienda suelta a su fervor por la naturaleza, hacia la cual procuraba continuamente inclinar a la intelectual muchacha. No es posible expresar hasta qué punto Rosalie amaba la primavera, su estación, en la cual había nacido y que, según no dejaba de manifestar, siempre le había comunicado, de modo enteramente personal, misteriosas corrientes de saludable alegría de vivir. Cuando los pájaros comenzaban a cantar, en medio del suave aire primaveral, el rostro de Rosalie se ponía radiante. Cuando en el jardín las primeras flores de azafrán, los narcisos, los jacintos y los tulipanes brotaban y luego lucían en los arriates que circundaban la casa, aquella buena alma derramaba lágrimas de regocijo. Las amables violetas que florecían a lo largo de las carreteras que atravesaban las campiñas, las doradas flores de las retamas, los espinos rojos y blancos, y sobre todo las flores de saúco y el modo con que abrían sus brotes los castaños, blancos y rojos, todas esas cosas tenía que admirar Anna compartiendo el éxtasis de su madre. Ésta iba a buscarla a la habitación orientada hacia el norte, que se había dispuesto como estudio de pintura, y la arrancaba de las abstracciones de su arte; entonces Anna, con una complaciente sonrisa, se quitaba la blusa de pintora y acompañaba a Rosalie, durante largas horas, en sus paseos; porque la muchacha tenía una sorprendente resistencia para andar a pie y, si bien en sociedad procuraba disimular su cojera moviéndose lo menos posible, cuando se veía libre y podía cojear a sus anchas era notable su vigor.

¡Qué tiempo hechicero aquel de la estación en que los árboles florecen, en que los caminos adquieren poesía, en

que el amado y familiar paisaje de los paseos se engalana de encantadores colores, promesas blancas y rosáceas del fruto! Desde las espigas en flor de los altos álamos blancos que bordeaban el curso de agua a lo largo del cual ambas mujeres solían pasearse, caía cual nieve el polvillo del polen y cubría todo el suelo; y Rosalie, embelesada y dueña de muchos conocimientos de botánica, explicaba que los álamos eran vegetales dioicos, que cada ejemplar tenía únicamente flores de un solo sexo; unos, flores machos, y otros, flores hembras. Discurría placentera hablando a su hija de la diseminación del polen o, mejor dicho, del amable servicio que prestaba el céfiro a las criaturas de los campos, al llevar obligadamente el polen al estigma femenino que aguardaba casto; procedimiento de fecundación que Rosalie consideraba particularmente encantador.

La estación de las rosas la colmaba enteramente de dicha. En su jardín, ella misma cuidaba a la reina de las flores y la protegía solícitamente, por los habituales procedimientos de jardinería, de los insectos que pudieran dañarla; y durante todo el tiempo que duraba aquella gloria había siempre ramilletes de rosas frescas en los estantes y en las mesillas de su gabinete tocador; pimpollos, botones, y rosas completamente abiertas, rojas (pues las blancas no le gustaban), rosas de su propio jardín o bien obsequios de las amigas que la visitaban y que conocían su pasión. Rosalie, con los ojos cerrados, hundía el rostro en el ramo de rosas que le presentaban y, cuando después de un largo rato, levantaba la cabeza, aseguraba que aquello era el perfume de los dioses y que, cuando Psique se inclinó con la lámpara en la mano sobre el dormido Amor, seguramente el aliento de éste, sus rizos y mejillas, le habían colmado la dulce naricilla con ese aroma. Ese era el aroma del cielo y Rosalie no abrigaba la menor duda de que los espíritus bienaventurados que moraban allá arriba aspirarían el perfume de las rosas por toda la eternidad. A esto Anna repli-

caba escépticamente que, oliendo ese perfume con tanta frecuencia, se acostumbraría uno tanto a él que ya no lo percibiría. Pero la señora von Tümmler la regañaba por aquellas palabras que revelaban una conciencia impropia de su edad. Ya en tren de mofarse de cualquier cosa, añadía, podía aplicarse igualmente ese argumento a la bienaventuranza; pero la dicha, por ser inconsciente, no dejaba por eso de ser dicha. Esta fue una de las ocasiones en que Anna dio a su madre un beso de tierna indulgencia y reconciliación; luego ambas rompieron a reír.

Rosalie nunca usaba perfumes o esencias fabricadas, salvo la única excepción de un poco de fresca agua de colonia, que compraba en la perfumería de Farina, situada en la Jülichplatz. Pero amaba, más allá de toda medida, y aspiraba, agradecida, profundamente y con extremo fervor sensual, todo cuanto la naturaleza ofrece para deleite de nuestro sentido del olfato: aromas dulces, acres y hasta los cálidos y turbadores. Cuando paseaban por la campiña, lo hacían siempre por un lugar que presentaba un declive del terreno; era una larga depresión de tierra, cual un barranco, cuyo fondo estaba densamente cubierto por arbustos de jazmines y alisos. En los cálidos y húmedos días de junio que amenazan tormenta, subían de allá abajo oleadas de un aroma cálido y turbador. A pesar de que a Anna tales efluvios solían producirle jaqueca, acompañaba hasta allí a su madre, una y otra vez. Rosalie aspiraba gozosa las vaporesas oleadas, se detenía, volvía a ponerse en movimiento, volvía a detenerse, se inclinaba sobre el barranco y exclamaba:

—¡Hija, hija, qué maravilla! Este es el aliento de la naturaleza, este es el aliento vivo de la naturaleza, calentado por el sol y embebido de humedad, y que ella tan deliciosamente nos envía desde su seno. Gocémoslo, reverenciándolo, pues también nosotros somos sus criaturas.

—A lo menos tú sí lo eres, mamá -dijo Anna tomando del brazo a la embelesada mujer y apartándola de allí, cojeando-. A mí me gusta menos que a ti; esa mezcla de olores me oprime las sienes.

—Sí, porque estás contra la naturaleza -replicó Rosalie- y no le rindes ningún homenaje con tu talento, sino que, por obra de tu arte, deseas colocarte por encima de ella, convertirla en un mero tema del intelecto, como tú misma te jactas de hacerlo, y transfigurar tus percepciones sensibles en Dios sabe qué... en pura frialdad. Yo te respeto, Anna; pero si estuviera en el lugar de la querida naturaleza, sin duda me ofendería con vosotros, los artistas.

Y entonces le propuso seriamente que, si su arte tenía que ser absolutamente abstracto y transpositivo, por lo menos intentara una vez expresar en colores los aromas de la naturaleza.

Se le había ocurrido esta idea en julio, cuando florecen los tilos, que era para ella la época favorita del año: durante una o dos semanas las avenidas, bordeadas de árboles, colmaban toda la casa, a través de sus ventanas abiertas, con el aroma indescriptiblemente puro, suave y mágico de su floración tardía; y la sonrisa de embeleso en ningún momento se borraba de los labios de Rosalie. Fue entonces cuando dijo:

—Esto es lo que los artistas deberían pintar; trata de aplicar tu arte a esto. Supongo que no deseáis desterrar enteramente a la naturaleza del arte; porque, en rigor de verdad, siempre partís de la naturaleza para llegar a vuestras abstracciones, y tenéis necesidad de algo sensorial para poder transponerlo al plano intelectual. Ahora bien, los olores, si es lícito que lo diga así, constituyen algo sensorial y abstracto al propio tiempo; no los vemos, pero nos hablan de modo etéreo. Debería fascinarte la idea de transmitir una dicha invisible al sentido de la vista, sobre el cual, después de todo, descansa el arte de la pintura. Vamos, procu-

ra hacerlo. ¿De qué vale entonces vuestra paleta de pintores? Mezcla en tu paleta las felices sensaciones y llévalas a la tela como goce cromático; ponle como título, Aroma de los tilos, para que el espectador sepa qué era lo que te proponías representar.

—Pero, querida mamá, eres asombrosa -replicó la señorita von Tümmler-. ¡Planteas problemas que a ningún maestro de pintura se le ha ocurrido plantear! ¿No comprendes que eres una romántica incorregible, al hablarme de tu mezcla cinestésica de impresiones sensoriales y de transformación mística de los olores en colores?

—Admito que merezco tu erudita mofa.

—No, no eres merecedora de ninguna mofa -replicó Anna vehementemente.

Pero durante un paseo que realizaron a mediados de agosto, una tarde de mucho calor, les ocurrió algo singular que bien podía considerarse una mofa.

Mientras andaban por la campiña, bordeando el lindero de un bosque, percibieron de pronto un olor a almizcle, al principio tenue, pero luego cada vez más intenso. La primera en olerlo fue Rosalie, que exclamó:

—¡Ah!, ¿de dónde viene esto?

Anna percibió pronto aquel olor.

—Sí, también yo lo siento; es un olor como el de los perfumes de almizcle. Sí, es un olor inconfundible.

Unos pasos más bastaron para que descubrieran su fuente, la más repugnante que pudiera imaginarse. Al borde del camino, y bajo el calcinante sol, se veía un montón de inmundicias rodeado por una nube de moscas verdes, que ambas mujeres prefirieron no investigar de más cerca. Había allí una porción de excrementos animales, o tal vez humanos, restos de vegetación pútrida y el cuerpo, en avanzado estado de descomposición, de algún animalillo del bosque, confundido con todo aquello, en suma, nada